

LA INDIVIDUALIZACIÓN DEL DOLOR EN LAS CRÓNICAS Y REPORTAJES DEL 11-M EN EL DIARIO *EL PAÍS*

Maite Mercado Sáez

Universidad Cardinal Herrera-CEU de Valencia

El atentado más sangriento sufrido en España sigue estremeciendo meses después de la matanza. Nunca hasta entonces los medios de comunicación españoles habían tenido que enfrentarse a un acontecimiento de tal magnitud. El 11 de marzo fue un día de desconcierto y angustia. Pocas horas después de las explosiones, miles de personas buscaban a sus familiares y amigos mientras los cadáveres se amontonaban en improvisadas morgues. Saber cómo trabajó *El País* en cuanto al difícil tratamiento del dolor y el terrorismo en los medios de comunicación es la pregunta que nos hacemos para empezar este análisis.

Informar sobre terrorismo ha suscitado innumerables debates entre la tesis del silencio total y la opción del libre flujo informativo. La primera sostiene que la forma más eficaz de combatir el terrorismo consiste en silenciar las acciones terroristas, que buscan difusión. Esta opción tiene poca aceptación porque, además de que no se ha podido demostrar, muchos especialistas opinan que con el silencio los actos terroristas aumentarían en número, alcance e intensidad.

La segunda teoría aboga por la transparencia informativa. Sin embargo, el periodista no puede informar sobre terrorismo como un notario, en aras de la supuesta objetividad periodística¹. Así, la mayor parte de la profesión periodís-

1. En enero de 2002, el Consejo de Administración de RTVE aprobó, por unanimidad, un documento en el que se afirmaba que «los medios en un sistema democrático forman parte del mismo y por tanto no pueden ser neutrales frente a quienes ponen en peligro el sistema de libertades que es esencial para su función, dentro del respeto por los principios de pluralismo y neutralidad de quienes defienden posiciones y opciones diferentes por medios democráticos».

tica en España se muestra de acuerdo en que no cabe la neutralidad. Uno de estos periodistas, el director del diario *El Correo*, Ángel Arnedo², habla de tres fases en el tratamiento del terrorismo de ETA en España. En un primer momento, la prensa se negaba a dar una cobertura amplia a los atentados «quizá influidos por el contexto histórico»³. Tras este semiocultamiento, llegó la fase de la exposición pública de los efectos más crudos de la violencia, después de que TVE mostrara a Irene Villa con las piernas destrozadas (18 de octubre de 1991) para mentalizar a los espectadores. Sin embargo, al mismo tiempo, «se profundizaba en otra actitud tan nociva con las víctimas y sus familiares como la anterior: si antes se les ignoraba o casi, más tarde se pasaba por encima de consideraciones éticas al no respetar el dolor ni el decoro de los afectados: cuerpos mutilados, cadáveres en mitad de un charco de sangre, heridos desfigurados, víctimas en posturas poco dignas, eran fotografiados, filmados y exhibidos, lo que no hacía sino aumentar el sufrimiento». Así, la tercera fase fue la de la invasión de la intimidad de los familiares. El 14 de febrero de 1996, ETA asesinó a Francisco Tomás y Valiente. Junto a su hijo estaba un cámara de televisión que grabó el momento en que comunicaba a su madre lo sucedido. Los espectadores pudieron ver el gesto de incredulidad primero y dolor más tarde y oír el grito desgarrado de la mujer.

1. TRATAMIENTO INFORMATIVO DEL DOLOR

Con estas palabras de Arnedo, superados ya los debates entre los binomios silencio-información por una parte, y neutralidad-responsabilidad democrática por otra, entramos en otra polémica: los criterios éticos que deben seguir los periodistas al mostrar el dolor que generan los atentados terroristas, en relación a la colisión del derecho a la información con otros derechos esenciales como el derecho a la intimidad y a la propia imagen, especialmente en el sector audiovisual. Según Blázquez⁴, «la forma más común de atentar contra la intimidad de

2. ARNEADO, A., «Medios de comunicación social y víctimas del terrorismo», pp. 25-27.

3. «En los años de la transición pudo influir un elemento fuertemente anclado en el subconsciente colectivo: el temor a un golpe de estado, a que si de daba gran pábulo a los crímenes del terrorismo de alguna forma se estaba alentando a quienes pedían una respuesta basada exclusivamente en la mano dura que, a su entender, sólo el Ejército y una declaración de medidas excepcionales podían garantizar».

4. BLÁZQUEZ, N., *El desafío ético de la información*, pp. 180-181.

las personas es dar a conocer determinadas circunstancias o aspectos de la vida humana que tienen carácter privado. En el caso de los accidentes de tráfico o de los atentados terroristas, la Ética no permite que se penetre en la intimidad y vida privada de los afectados sin su previo consentimiento, puesto que han de respetarse las situaciones de aflicción o dolor de las personas y evitar al máximo entrometerse de forma gratuita en esos sentimientos y circunstancias tan íntimas».

El sentido común y la responsabilidad profesional del periodista deben ayudar a discernir cuándo una información que afecte a la intimidad de persona en relación a un suceso trágico debe ser o no publicada. Y parece lógico afirmar que el criterio a seguir ha de ser periodístico, es decir, debe valorarse su trascendencia, su interés general.

Antonio Franco⁵, director de *El Periódico de Catalunya*, opina que debe mostrarse el terrorismo en toda su crudeza ante el desgaste de las palabras de condena, como hicieron en la portada del día 20 de diciembre de 2000 con una fotografía en picado de un policía asesinado por ETA, Juan Miguel Gervilla, boca abajo junto a un charco de sangre. A pesar de las acusaciones de falta de sensibilidad y de respeto hacia la familia de la víctima y reconociendo que no hay nada más íntimo que la propia muerte, el periodista tiene la responsabilidad de concienciar al público. De la misma opinión es el periodista especializado y subdirector de *La Razón*, Jesús María Zuluoga, que cree que ocultar la crudeza de los atentados es un error: «Que es duro para las víctimas, por supuesto, pero la sociedad tiene que ver el daño que los terroristas han causado»⁶.

Según los profesores de Ética Mar López Talavera y Marcelo López Cambronero⁷, «el periodista ha de tener en cuenta a la hora de seleccionar y dar forma a un mensaje de dolor, que tiene que ser mucho más prudente y cuidadoso en su relación con las fuentes debido al estado de indefensión y la necesidad de apoyo que, por regla general, precisan los sujetos dolientes». Los implicados en tragedias reaccionan en público, pero no están haciendo públicas sus reacciones, lo hacen afectados por las circunstancias. Del mismo modo, hay

5. FRANCO, A., «Por una información responsable», p. 43.

6. ZULUOGA, J.M., «La información de terrorismo en prensa», en *Terrorismo, Víctimas y Medios de Comunicación*, Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003, pp. 74-75.

7. LÓPEZ TALAVERA, M. y LÓPEZ CAMBRONERO, M., «Información sobre la intimidad, el dolor y la violencia: una respuesta ética», p. 183.

que asumir que el sujeto afectado por esa aflicción puede negarse a ser entrevistado. En cualquier caso y a pesar de estas recomendaciones, mostrar el dolor de los demás es siempre una labor complicada ya que la frontera entre contar una historia de la forma más viva posible y explotar una tragedia humana es difícil de especificar.

2. EL DOLOR DEL 11-M EN *EL PAÍS*

11 de marzo de 2003. 190 fallecidos y más de 1.500 heridos. Detrás de las cifras, hay historias y vidas que quedaron truncadas. *El País* se plantea la necesidad de no olvidarlos y acercar a los lectores quiénes eran los fallecidos, consciente de que en las víctimas y sus familiares, la difusión informativa de su dolor puede producir dos efectos contrarios. Por un lado, algunas personas la encuentran necesaria y útil. Incluso se pueden sentir desamparados y abatidos porque se ha dado poca importancia a su historia; la información puede contribuir a aliviar el dolor de quienes lo padecen. Por otro lado, para otras personas el tratamiento informativo de su sufrimiento suponen una intensificación del mismo. En el periódico consultan a Fernando Chacón Fuertes, presidente del Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, que opina que es muy importante poner cara y nombre a las víctimas de los atentados «para evitar que ocurra como, en un momento determinado, pasó con las del terrorismo de ETA: que la sociedad iba perdiendo sensibilidad y los asesinados se convertían en simples números. A alguien puede parecerle que se prolonga innecesariamente el dolor, pero, si el trabajo se hace con delicadeza, en términos generales el efecto es beneficioso y favorece la empatía, la identificación con los sentimientos de los demás».

A partir del sábado 13 de marzo bajo el epígrafe común de «Vidas Rotas» publica lo que denomina semblanzas de las fallecidos. Dos habían sido los precedentes de estos perfiles que no quieren ser como necrológicas al uso. El primero, «Portraits of Grief»⁸, dedicado por *The New York Times* a las víctimas de los atentados del 11 de septiembre de 2001. El segundo, «Historias de una tragedia», publicadas en *El País* el 30 y 31 de mayo de 2003 con los militares fa-

8. Los perfiles de las víctimas del 11-S pueden leerse en la web de *The New York Times* y han sido recogidos en un libro: *Portraits: The Collected Portraits of Grief*.

<http://www.nytimes.com/pages/national/portraits/index.html>, (consultado el 10 de julio de 2004).

llecidos en el accidente del Yakovlev 42 como protagonistas. En «Vidas Rotas» aparecieron 164 perfiles del total de 190 fallecidos; en los 26 casos restantes, los familiares pidieron que no se publicaran. El día 31 de marzo concluía este homenaje a las víctimas y se explicaba cómo se había llevado a cabo ese trabajo periodístico.

La búsqueda de las fuentes, padres, hijos, hermanos, esposos, novios y amigos íntimos, fue extremadamente compleja teniendo en cuenta las diversas nacionalidades de los fallecidos. Las líneas de trabajo fueron: no forzar a los familiares; no publicar semblanzas con la oposición de los parientes próximos; recurrir exclusivamente a testimonios directos; publicar sólo fotos autorizadas; suprimir referencias negativas a los fallecidos; dar libertad de estilo, aunque sometiendo los textos a un minucioso proceso de edición; buscar la esencia de los personajes, lo distintivo; retirar del equipo a quien no pueda soportar la carga psicológica; y recabar la ayuda de toda la redacción⁹.

Pero, ¿cómo se reflejó en el diario el 12 de marzo el horror del atentado?, ¿cómo se cuenta el dolor de las víctimas sin tiempo para la reflexión y el homenaje? Los protagonistas de las crónicas y reportajes fueron ese día los supervivientes; los vecinos que se convirtieron en testigos involuntarios; médicos, policías y bomberos que relataban el horror de lo vivido, y los propios periodistas que estuvieron en los escenarios de la tragedia. Muchos de ellos, tras hacer la foto o tomar unas notas, se convertían en voluntarios para ayudar a los heridos. El objetivo del análisis es establecer cuánto espacio se dedicó a la información relativa al dolor, cómo se equilibran los datos y la emoción, cuáles fueron los géneros periodísticos utilizados, qué recursos estilísticos se utilizaron para reflejar el horror, cómo se redactaron los titulares en *El País*, desde la perspectiva de la disciplina de la Redacción Periodística.

2.1. Análisis

El periódico apuesta por una portada informativa. El titular a cinco columnas, «Infierno terrorista en Madrid: 192 muertos y 1.400 heridos, aporta el dato más importante en todo acontecimiento de esta naturaleza: el número

9. El diario *El Mundo* también publica obituarios de las víctimas del 11-M. En la página web pueden leerse a través de un impactante mosaico de rostros: http://www.elmundo.es/documentos/2004/03/espana/atentados11-M/victimas_noflash.html (consultado el 10 de julio de 2004).

de víctimas. En el subtítulo aparecen reflejadas las dos opciones acerca de la autoría del atentado que se estaban barajando. La única licencia que se permite *El País* es utilizar la palabra infierno en lugar de atentado, una metáfora de fácil comprensión en una información conocida ya por todos los lectores del diario. Debajo de una espectacular fotografía en la que puede apreciarse un miembro ensangrentado junto a las vías del tren, cinco sumarios informan del número de explosiones, la localización de la cinta con versos del Corán, las declaraciones del Rey, Rajoy y Zapatero, y la convocatoria de manifestaciones en toda España. La información básica del titular y subtítulo se amplía en los dos párrafos bajo los sumarios. Junto a esto, el primer párrafo del editorial titulado «11-M» con una llamada a la página 10.

El atentado no modifica la estructura de secciones del diario y así las primeras páginas son de «Internacional» con los temas que estaban previstos para la edición sin ninguna relación con el atentado. Tras éstas, las páginas 10, 11 y 12 de la sección «Opinión». Como sucede con los grandes acontecimientos, sólo aparece un editorial monográfico sobre el atentado, que en esta ocasión viene de la portada. Dada la extensión del artículo, se incluye un ladillo «La unidad de los demócratas». La «Revista de Prensa» es la única información que aparece en estas páginas que no se refiere al atentado. Así, las viñetas de Forges y Máximo, las tribunas libres de Juan Luis Cebrián y Fernando Savater, y las cartas al director.

La sección «España» es dedicada íntegramente al atentado, con cuarenta y cuatro páginas, de la 13 a la 56, sin publicidad y con el cintillo «Matanza en Madrid». El único espacio que no tiene información relacionada con el atentado es media página, la número 48, donde aparece el sorteo de la Lotería Nacional.

Portada, contraportada, las tres páginas de opinión, la columna de Haro Tecglen, las esquelas y las cuarenta y cuatro páginas de «España», cincuenta y una páginas en total con información u opinión acerca del atentado, de las 96 del periódico, sin tener en cuenta los suplementos autonómicos y «Tentaciones». Quince de ellas relatan el dolor de los protagonistas, supervivientes y familiares, testigos, vecinos, equipo médico, policías, bomberos, etcétera.

La sección «España» abre con la crónica de todo lo sucedido el jueves 11 de marzo con un titular informativo a cinco columnas («Cuatro atentados simultáneos causan una matanza en trenes de Madrid»), dos subtítulos, una extensa entradilla sobre la impactante fotografía de uno de los vagones destrozados con restos humanos colgando por las puertas. El cuerpo de la crónica,

firmado por José Manuel Romero, narra la secuencia de los hechos incorporando toda la información que se conoce hasta el momento: número de víctimas, líneas de investigación de la Policía en relación a la autoría, declaraciones de autoridades nacionales e internacionales, y la actuación de la sociedad madrileña. Tras el infográfico a doble página, en la página 18 comienza a relatarse el horror de testigos, médicos y sanitarios en los diferentes escenarios del acontecimiento. Las imágenes que ilustran estos reportajes de interés humano son menos duras que las elegidas para las páginas que ofrecen los datos (portada y páginas 13, 14 y 15).

Seis páginas que podrían considerarse un gran reportaje de casos, siguiendo la terminología de Eduardo Ulibarri¹⁰. Esta estructura se basa en la superposición de escenas en el desarrollo de casos independientes aunque vinculados. La separación se vuelve virtud porque el periodista desea mostrar cada caso por separado, individualizando el dolor. Si *El País* eligió para ofrecer los datos disponibles un solo texto a tres páginas, para mostrar el dolor de las víctimas se decanta por una presentación fragmentada. Centrándose en el momento del atentado, se establecen cuatro escenarios que se corresponden con las distintas explosiones dedicando a cada uno de ellos dos páginas. En el cintillo genérico aparecen de manera consecutiva la Estación de Atocha, los Cuarteles de Daoíz y Velarde, la Estación del Pozo del Tío Raimundo y Santa Eugenia.

El tratamiento y distribución en la página de la gran cantidad de declaraciones de los protagonistas del acontecimiento se realiza de la siguiente forma: una crónica bastante extensa relata lo vivido en términos generales en cada uno de los espacios. Junta a ella, aparecen historias individualizadas, pequeños reportajes de caso que humanizan el atentado, textos en los que aparecen personas concretas, con nombres y apellidos.

Los titulares de las cuatro crónicas son temáticos, es decir, aparecen algunas palabras claves pero no permiten identificar de manera precisa un acontecimiento, como ocurre con los titulares informativos. El recurso más utilizado para titular los reportajes de caso es el de la cita entrecomillada, en la mayoría de las ocasiones declaraciones impactantes por el horror que reflejan. Nada mejor para conmover al lector que extraer palabras textuales de los protagonistas de un suceso con las características del 11-M. El periodista relata lo vivido por las personas que tuvieron la desgracia de estar en esos trenes.

10. ULIBARRI, E., *Idea y vida del reportaje*, p. 235.

En el primero de los escenarios, la Estación de Atocha (páginas 18 y 19), el redactor de la crónica titulada de manera un tanto tópica («La estación de Atocha se convirtió en un campo de batalla») recoge las impresiones de dos de los viajeros que salvaron la vida y describe lo que él mismo vio después de la explosión con frases cortas, ritmo ágil, consiguiendo sugerir imágenes, obviamente emotivas, al lector: «Una chica se tapaba la cara con un pañuelo. Debajo todo era una llaga. Tenía el pelo y el rostro quemados. No lloraba. Otras personas sí. Las ambulancias no paraban de llegar. Decenas, en un goteo incesante. La gente se paraba a curiosear. El desconcierto era total...».

Los cuatro reportajes de caso que acompañan a la crónica presentan el mismo formato: titular entre comillas a dos líneas, subtítulo de una línea y cuerpo a tres caídas sin entradilla diferenciada y sin ladillos. El dolor de las víctimas en primer plano, en titulares y subtítulos: «Por más valiente que seas, en ese momento te vuelves un gallina», decía Aníbal, un ecuatoriano que viajaba en el tren y llamó a su país para informar del atentado; «Miraba la hilera de muertos y, al tiempo, sonaban los móviles», contaba Beatriz Martín, sanitaria, que «no olvidará el olor de la carne»; «Fue una pesadilla, nadie escapó del terror y la confusión», habla Catherine Palacios, una colombiana cuyas manos tiemblan dos horas después del atentado mientras habla con el periodista; «En 10 metros no había ningún cuerpo completo», según Ricardo Larrainzar, que participó en las primeras tareas de auxilio. Una frase impactante que podría haberlo sido más si se hubiera optado por ajustar el titular al espacio y añadir dos palabras más que sí aparecen en la cita completa del médico en el cuerpo de la información: «sólo restos». El periódico intenta no caer en lo morboso.

El siguiente escenario (páginas 20 y 21) son los Cuarteles de Daoíz y Velarde, donde se paró el tren que había salido de Alcalá de Henares hacia Atocha. De nuevo, una crónica de las explosiones en este tren incluyendo declaraciones de supervivientes y describiendo el estado en que quedó el vagón y sus ocupantes: «Allí, indiferentes, inmóviles, entre los boquetes de los vagones, asoman los cadáveres. Uno, invertido, está desnudo». De nuevo, un titular poco conseguido: «Dolor y solidaridad en los Cuarteles de Daoíz y Velarde».

En la página contigua, aparecen tres nuevos reportajes de caso: «Pedí tranquilidad a todos, tenía miedo de la metralla», afirma J. B. M., un policía de paisano; Marta, nombre ficticio de una vecina de la zona es voluntaria social de prisiones: «Deberían presenciar el dolor de los que sufren», refiriéndose a los terroristas, a presos etarras. «Busquen a mi hijita de tres años, la perdí», era el grito de una herida ecuatoriana.

La siguiente parada es la Estación del Pozo del Tío Raimundo donde dos bombas dejaron 67 muertos y cientos de heridos, según puede leerse en el subtítulo que en este caso apoya el buen titular «Un crío lloraba entre los hierros», una frase extraída del relato de Martín, un hombre que se encontraba en un bar cercano y cuenta con espanto como, junto a un policía, buscó a un niño entre la chapa metálica del tren.

Los cuatro reportajes titulados con citas entre comillas se refieren en estas páginas a un pasajero que cuenta cómo ayudó a las víctimas («Di un beso a una mujer herida, para calmarla y salimos de allí»); una voluntaria que destaca como «los móviles de los muertos en el tren no paraban de sonar»; uno de los bomberos que participó en las tareas de rescate que cuenta como se pidió que fueran «ahora mismo al Pozo todos los hombres disponibles»; y un trabajador que se salvó por quedarse a dormir un poco más: «Si hubiera salido cinco minutos antes, estaría muerto».

El titular de la crónica de la página 24 nos sitúa en el espacio y consigue impactar al lector: «Los pasajeros de Santa Eugenia esquivaron a los muertos para atender a los vivos». El relato a cuatro columnas incluye duras declaraciones de supervivientes y vecinos como: «Uno de los cadáveres estaba colgado de la puerta, junto al hueco que queda en el andén. No pudimos hacer nada por él». «Muchas víctimas estaban descuartizadas. Algunos tenían clavados los hierros del vagón», frase elegida para uno de los dos destacados de la información.

Junto a la crónica, un texto a una columna nos cuenta cómo se siente Raúl, uno de los viajeros del último tren que salió de Atocha y que «esquivaron por segundos las bombas», como reza en el titular repitiendo el verbo esquivar, verbo principal en el titular de la información a cuatro columnas que manda en el página. En la siguiente, se relata la angustiada búsqueda de un desaparecido con el titular «Mire usted qué hora es y aún no sabemos si está vivo o muerto» y los trabajadores del colegio público Ciudad de Valencia cuentan que entre las víctimas hay «una madre fallecida, dos heridas y seis desaparecidos».

Estas seis páginas relatan las explosiones y describen las escenas vividas apoyándose en las duras declaraciones de supervivientes, vecinos, voluntarios y agentes de seguridad para tratar en las siguientes tres páginas otros aspectos dejando en silencio, por el momento, a las víctimas: investigación policial, análisis de Joseph Ramoneda y Ernesto Ekaizer reflexionando sobre la posible autoría de ETA, cronología de los atentados terroristas cometidos en España, con una alusión especial a Madrid, capital del dolor, y un gráfico titulado «Los atentados más sangrientos», en España y en Europa.

A continuación, la información se centra en los aspectos sanitarios. En primer lugar, destacando la labor de la sanidad madrileña. En la página 30 resurgen las voces de las víctimas divididas de nuevo en distintos espacios, esta vez, el drama en los hospitales que acogieron a los 1.400 heridos: Hospitales de Campaña («Una treintena de vecinos socorrieron a los heridos justo antes de llegar los sanitarios»), La Paz («Ha perdido a su mujer y al hijo que venía»), Hospital Niño Jesús («La pulsera de oro de Patricia»), Hospital 12 de octubre («El horror en cinco horas»), La Princesa («Están sus cosas pero él no»), Clínico San Carlos («No responde al móvil»), Unidad de Quemados de Getafe («El niño que lo perdió todo»), Gregorio Marañón («La agonía de Benito Rojas» y «¡Que no encuentre a mi hija y debo estar con ella!»). En total ocho reportajes, uno con titular informativo y cuatro con citas de amigos y familiares de las víctimas.

La emotividad se rebaja con dos páginas dedicadas a la Solidaridad de los españoles que se movilizaron para donar sangre. Tras este respiro, en la página 35 la palabra «Familias» aparece en el cintillo y Francisco Peregil narra el desaliento en cientos de familiares que acudieron a la improvisada morgue en un reportaje a toda página titulado «El drama del pabellón ocho». En la fotografía aparecen los equipos de rescate introduciendo un cadáver en una bolsa para colocarlo junto a una hilera de bolsas negras cerradas. Peregil utiliza el recurso del diálogo y se destaca en un despiece el drama de una pareja colombiana.

La siguiente página vuelve a la «Atención médica» con un reportaje a cuatro columnas que explica cómo trabajaron «una legión de psicólogos y psiquiatras» en el IFEMA. El despiece del reportaje cuenta dos casos más, el de Inés y Ángel, a los que sus familiares y amigos buscaban. En la columna de la izquierda, el titular nos resume otra historia: «No sé nada de mi hermano, que hoy cumple 18 años».

Curiosamente, es la página 37 la única que lleva la palabra «Víctimas» en el cintillo. Un reportaje titulado «En el cementerio de Alcalá hay preparadas 115 tumbas», recoge las sensaciones de vecinos de las distintas localidades del Corredor de Henares con tres textos destacados a modo de despieces. «Pocos con corbata, muchos obreros», dice el jefe de la estación de ferrocarril de Guadalajara. «En busca de Florencio», un albañil desaparecido de Torrejón, que comparte espacio con A. G., una joven de 29 años también de Torrejón que murió embarazada de seis meses. El tercer texto cuenta el «pánico en el patio del colegio» de Alcalá de Henares situado junto a la estación y cerca de donde encontraron la furgoneta con explosivos y la cinta con versículos del Corán.

La páginas 38 y 39 publican una lista oficial de heridos y un reportaje sobre el Pozo, «Un barrio peleón y humilde» y en la 40, junto al reportaje sobre el día de Alberto Ruiz Gallardón («Nunca había visto morir a nadie»), aparece el último reportaje de caso con una médico del Namur como protagonista: «¿Cómo le explicaré esto a mi hija?». Esta página es la primera de las nueve que recogen las reacciones de todos los partidos políticos, el discurso del Rey, las manifestaciones de miles de ciudadanos españoles, la repulsa unánime en Europa, la solidaridad internacional, el caos en trenes, teléfonos y en toda la ciudad de Madrid, colaboraciones de Antonio Muñoz Molina y de expertos en Ciencia Política y Sociología, las repercusiones en las bolsas europeas, el silencio de los artistas y la decisión de la UEFA obligando a jugar a cuatro clubes españoles.

CONCLUSIONES

1. La estructura del periódico el día después de los atentados no varía aunque se altera el número de páginas de la sección «España», exclusivamente dedicada a la matanza, con cuarenta y cuatro páginas de las noventa y seis del periódico, sin contar los suplementos. En esas páginas, no hay publicidad.
2. En total cincuenta y una páginas ofrecen contenidos relativos al atentado. De ellas, quince se dedican a relatar el dolor de los protagonistas, supervivientes y familiares, o testigos, vecinos, equipo médico, policías, bomberos, etcétera. En definitiva, casi el treinta por ciento del total de la información relativa al atentado (29,4 por ciento) muestra las consecuencias del atentado a nivel humano.
3. El periódico va alternando páginas con datos y análisis, y páginas centradas en el dolor de las víctimas.
4. Las imágenes que ilustran las crónicas y reportajes de interés humano son menos duras que las elegidas para las páginas centradas en los datos, la investigación policial y las reacciones políticas.
5. Los géneros periodísticos elegidos son las crónicas y los reportajes, en su mayoría de caso, para individualizar la matanza, poner rostro a los supervivientes y testigos.
6. Los titulares utilizados son apelativos y de cita directa. El recurso a la cita entrecorrida aparece como el mejor en este tipo de acontecimientos para humanizar el texto y llegar al lector, ofreciendo a la vez veracidad.

7. *El País* personaliza el atentado mostrando las vivencias y los sentimientos de las personas que se vieron involucradas en la masacre ofreciendo a sus lectores dramas reales. Se produce una individualización del dolor contando historias concretas con nombres y apellidos, lo que a partir del día 13 se materializaría en los perfiles de 164 de los 190 fallecidos.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. *Sobre la intimidad*, Fundación Universitaria San Pablo CEU, Valencia, 1996.
- ARNEDO, A., «Medios de comunicación social y víctimas del terrorismo», en *Terrorismo, Víctimas y Medios de Comunicación*, Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003.
- BLÁZQUEZ, N., *El desafío ético de la información*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2000.
- CLUTTERBUCK, R., *Los medios de comunicación y la violencia política*, EUNSA, Pamplona.
- FRANCO, A., «Por una información responsable», en *Terrorismo, Víctimas y Medios de Comunicación*, Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003.
- LÓPEZ TALAVERA, M. y LÓPEZ CAMBRONERO, M., «Información sobre la intimidad, el dolor y la violencia: una respuesta ética», en *Introducción a la comunicación y a la información*, Ariel, 2001.
- MARTÍN VIVALDI, G., *Géneros periodísticos*, Paraninfo, Madrid, 1998.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, J.L., *Curso General de Redacción Periodística*, Paraninfo, Madrid, 1998.
- SÁNCHEZ, J.F., «Tipologías de géneros periodísticos en España. Hacia un nuevo paradigma», en *Comunicación y Estudios Universitarios*, nº 8, CEU San Pablo, 1998.
- SORIA, C., *El laberinto informativo: una salida ética*, EUNSA, Pamplona, 1997.
- ULIBARRI, E., *Idea y vida del reportaje*, Trillas, México, 1994.
- WARREN, C.N., *Géneros periodísticos informativos*, Barcelona, 1979.
- ZULOAGA, J.M., «La información de terrorismo en prensa», en *Terrorismo, Víctimas y Medios de Comunicación*, Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003.